La vida del Gran Capitán

Según una Historia de Córdoba, inédita, del siglo XVII, del Padre Jesuita Alfonso García de Morales

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XXXX

Después de la victoria que tuvieron los españoles del de Auberni y su prisión, gana el Gran Capitán victoria de la Cirinola y entra en Nápoles, que se le rindió.

Cuando desembarcó Luis Portocarrero en Rijoles, el señor de Auberni se entró en Terranova a pesar de los españoles, envió contra ellos a D. Hernando de Andrada y que el capitan Vilamarín ayudase por la mar y el Gran Capitan socorrió a su ciudad enviando a D. Hugo y D. Juan de Cardona, Manuel de Benavides, Antonio de Leiva con 200 a caballo y 800 infantes, a cuya presencia no osó esperar el francés, retirose a grande priesa, deseó D. Hugo de Cardona acometerle, no quisieron los demás porque estaban todos descontentos del teniente de general D. Hernando de Andrada, electo del virrey de Sicilia y de la mala paga; entendió el de Auberni la desunión y que 1.800 dejaron sus banderas y alzaron una blanca que los guiase y que fué necesario que D. Hugo de Cardona, Alonso de Carvajal, el conde de Condiano diesen sus joyas, cadenas, plata y otras cosas de valor para quietarlos: púsose a vista de los nuestros la otra parte del río cerca de Semanara, entró dos tiros de ballesta por la vega, [illegible] atrevimiento, aunque tenía en su compañía 300 hombres de armas, 600 caballos [illegible], 100 ballesteros a caballo y 1.500 soldados, eran los nuestros 800 caballos y 4 [illegible]antes, como superiores en todo ofrecieron la batalla a los franceses, no la quiso aquel día el de Auberni, retiróse a Zora seis millas adelante, el día siguiente vinieron a las manos furiosamente, habiendo disparado la artillería con poco o ningún daño, los jinetes españoles entraron también que no quedó hombre de los enemigos a caballo: a los demás rompieron desbarataron y forzaron a huir; siguiendo los nuestros el alcance hasta las puertas de Zoya, perdieron los franceses toda la caballería y mucha infantería, de los nuestros solo dos faltaron, prendieron los capitanes todos del Sr. de Auberni: sucedió esta victoria a 21 de Abril, débesele al valor de los hermanos Cardonas, Luis Méndez de Figueredo, Alonso de Carvajal, Gonzalo Dávalos y a nuestra caballería. Luego entraron a Zoia y se dió a saco, murieron casi todos los que en ella se habían recogido, 400 hombres que se pasaron al castillo, se rindieron luego.

El Sr. de Auberni, al principio de la batalla, por un bosque huyó hasta la roca de

Anguito, cerca de Cosenza, siguiéronle Valencia de Benavides y Juan de Albarado, hijo del capitán Albarado, encerráronle en el lugar y llegando otro día las compañías de Figueredo y Hernando de Quesada y después D. Hernando de Andrada cercaron el castillo, batiéronle, no aguardó el asalto, rindióse prisionero. Feliz suceso y principio de grandes bienes.

El Gran Capitán, resuelto en dar la batalla, convocó las compañías que tenía repartidas en diversas partes, viniendo D. Luis de Herrera y Pedro Navarro: entre Conversurso y casa Málima encontraron al Marqués de Vitonto con 56 hombres de armas y 150 caballos ligeros y 300 soldados que iban a juntarse con el ejército francés, viniendo a batalla los nuestros, con él le apretaron de manera que desbaratando su gente lo hirieron muy mal y prendieron a él y su tío Juan Antonio de Aquaviva y un hijo suyo murieron con toda la gente de armas: fué una gran cosa, porque era el Marqués el hombre de más cuenta y valor de los enemigos. Con tan buenos soldados y la gente alemana que le había venido de refresco, a 27 de Abril, jueves de mañana, salió con buen pié, habiendo hecho pregonar el día antes y dado un ducado a cada hombre de armas y medio a los infantes: marchó con su ejército seis millas debajo de Canaa a la ribera de Ofanto: el ejército francés esperaba en Canosa. Viernes pasó adelante, iban Fabricio Colona y Luis de Herrera con los corredores y descubridores del Campo, serían mil caballos ligeros. La vanguardia llevaba D. Diego de Mendoza y la gente del clavero y de Iñigo López de Ayala con dos mil españoles: en la batalla Próspero Colona, el Duque de Termes con 200 hombres de armas y 2 mil españoles: seguían el Gran Capitán en la retaguardia con la gente de armas de su compañía y de Pedro de Paz con 2 mil alemanes y Nuño de Mata con cien caballos ligeros: llevaban buena artillería muy bien repartida y sus soldados y capitanes muy bien industriados: tuvo particular escuela de milicia y sacó bien aprovechados a tantos discípulos suyos que llenaron el mundo de victorias. El calor y necesidad de alimentos traía apretada la gente, y el Gran Capitán con no pequeño cuidado, pasó a la delantera de su ejército, a vista de la Cirinola y dando orden en asentar el Real: venía ejército frances marchando poco a poco: el Duque de Nemurs traía 500 hombres de armas, 2 mil caballos ligeros y 4 mil suizos y gascones con su buena artillería; la vanguardia se dió al Príncipe de Salarno con 200 hombres de armas y 2 mil infantes: en la retaguardia el Príncipe de Malfi con una compañía de hombres de armas y mil villanos. El Gran Capitán, viendo su gente cansada y fatigada de sed, hizo que todos los caballos ligeros llevasen a las ancas los peones, y él llevó el suyo para dar buen ejemplo, habiendo acudido al regalo de todos como si fuesen sus hijos y dando agua por sus manos a muchos que estaban caídos en tierra desmayados; aunque pisado de algunos franceses pasó al fuerte sin haber perdido uno de los suyos, dos horas antes que se pusiese el Sol. El ver los enemigos y algunos caballos ligeros que los molestaban obligó a que los españoles se ordenasen en una hermosa y bien formada batalla. Comenzáronla de ambas partes con la artillería, hizo la muestra algun daño porque se juzgaba a los enemigos. Con notable ruido y un ímpetu furioso se vinieron unos a otros, dice Zurita lib. 5, cap. 23 y Paulo Jório que un peón italiano, creyendo eran los nuestros vencidos al primer acometimiento, viéndolos tan flacos y debilitados, pegó fuego a dos carros de pólvora que llevaba, hizo un ruido espantoso, pensaron los franceses se había quemado gran número de gente, quiso N. Sr. no hiciese daño alguno: turbáronse todos con la desgracia de haber perdido la pólvora, llegaron con la mala nueva al Gran Capitán, que luciera en este aprieto un Alexandro; alzó la voz y con particular alegría dijo: ea Capitanes, ea Leones de España, estas son las luminarias de la victoria que Dios no ha de dar: embrazó su escudo y con su espada desnuda que tenía en las manos, apellidando Santiago, se arrojó contra los franceses hecho un león y haciendo otros semejantes a los suyos. Ponía horror la

vocería de los soldados de ambas partes, el ruido de los arcabuces, los suspiros tristes de los heridos, los golpes de las armas: en esta confusión, viendo el Príncipe de Salerno y el de Melfi que los franceses desmayaban, se entraron por la batalla peleando animosamente, pusieron en duda la victoria, si el Gran Capitán con su gente de armas no les saliera al camino y derribara muchos de ellos. Con éste totalmente perdieron el brío los franceses y volviendo las espaldas sin orden ni concierto alguno, dieron a huir: los nuestros, que antes de pura flaqueza no se podían tener en pie, olvidados de su hambre y necesidad, siguieron el alcance hasta el real de los franceses seis millas adelante, matando algunos e hiriendo a muchos: ganaron las tiendas con la cena que tenían preparada, que la habían menester los vencedores: los despojos fueron riquísimos. Murieron de los enemigos el General Duque de Nemurs, el Sr. de Chancha, el Conde de Morzón, el Sr. del Millor hijo del Sr. de Alegre, con todos los capitanes suizos y los mejores hombres de armas, vinieron a prisión más de 800, y otros señores y capitanes, los Príncipes de Salerno y Melfi salieron mal heridos: perdieron los franceses casi todas las banderas que vinieron a poder del Gran Capitán y toda la artillería. Fué gloriosa victoria y la mayor parte de ella se debe no sólo al gobierno sino al valor de la persona del Gran Capitán que este día se aventajó a los demás. El siguiente, bien de mañana, se rindió a partido la Cyrinola, y Canosa alzó banderas por España. Salieron los de ambos lugares a enterrar los muertos, hallaron mas 1.700 franceses y solos 9 españoles. Señalóse sobre todos con el Gran Capitán D. Diego de Mendoza, el Duque de Termes: ordenó el Gran Capitán a Tristán de Acuna hiciese enterrar al General francés con aparato real. Los franceses que escaparon de esta rota se recogieron con el Sr. de Alegre y Luis de Arsi y otro día partieron muy de priesa echando fama, caminaron a defender a Nápoles. 30 lugares se rindieron luego al Gran Capitán y gran parte de la Capitanata y Basilicata: lo que restaba de ellas se redujo en breve con sus inteligencias y toda la tierra de Otranto, Bari, el Principado y Calabria, la mayor parte de Abruzo y tierra de labor con Aberza y Nola. Acabada esta jornada tan famosa, supo la que habían tenido D. Fernando de Andrada y D. Hugo de Cardona y la prisión del general francés, con que se alegró no poco, dando gracias a Dios que en todas partes le ayudaba. No quiso detenerse, ayudóse del miedo de los franceses que en Nápoles llamaban a sus amigos y estaban temblando, parece volaba en su camino, en él se le rindió Capua y Melfi que la entregó su Príncipe, en Benevento le recibieron muy bien, de allí envió un Rey de armas a Nápoles, representando la justicia de su Sr. el Rey católico: asentada cierta concordia, jurados y confirmados sus privilegios, alzaron banderas por España. Entró en aquella gran ciudad el Gran Capitán a 16 de mayo con tal aparato y fiesta que no podían recibir al Rey con más. El acompañamiento fué grandioso y el paseo por las calles todas con admiración de los vecinos de su majestad y afabilidad, el regocijo común de grandes y chicos, los parabienes de todos, eran señales ciertas de la justicia de España: en apeándose en su posada se dispidió de los señores y caballeros, pasó a reconocer los castillos, llevando a su lado a Juan Llaver: ordenó se hiciese ciertas minas descubiertas para pasar a las estancias que escogía, la diligencia fué tan grande, al fin madre de la buena ventura, que se hicieron aquella noche con admiración de todos. Refieren del Gran Capitán solía decir que en la resolución con pies de plomo, mirándolo y consultándolo bien; pero en la ejecución a las de Aguilar, consejo acertadísimo y más en la guerra donde se penetran los pensamientos unos a otros. Del resto del ejército francés no se olvidara, avisánronle estaba a las riberas del Garellano, eran todos 2 mil hombres y 300 lanzas; puso a sus espaldas en Capua y Sesa 400 de a caballo, ordenó que toda la gente de armas, caballos ligeros y alemanes con el Duque de Termens y Fabricio Colona marchasen a Sesa y le esperasen en ella: amotinóse gran parte de la gente debajo de nombre de mala paga, el intento fué pedir a voces que no irían a parte alguna si el Gran Capitán no iba

delante, parece tenían puesta su dicha en llevarlo consigo, y no me espanto que si los soldados sabían que su capitán sabe lo que se hace y tiene del satisfacción, aunque sean unas liebres es ejercito de Leones: dió palabra de caballero de obedecerles en eso, que era honra suya hacerlo: dejó mil soldados con Pedro Navarro para batir los castillos: en tres dias que se pusieron las estancias ganaron los nuestros por las minas las cavas enemigas.

Con esta victoria el Rey católico admirado y espantado, viendo que Dios le daba todo el Reino de Nápoles por medio del valor, buen gobierno, valentía y prudencia, buena suerte y dicha del Gran Capitán, escribió a D. Fernando de Andrada, que le parecía era igual su poder en el gobierno, se sujetase al Gran Capitán reparando como prudente, los daños grandes que se seguirían de dos cabezas y más en ocasión tal: ordedó Su Alteza se diesen las compañías de hombres [illegible]nas de Alonso de S. Severino, la una a D. Fernando Andrada, la otra a D. J[illegible]lasco Portocarrero, hijo de Luis Portocarrero Sr. de Palma: prosiguióse el cerco [illegible]stillos de Nápoles. Ganó Pedro Navarro la torre de S. Vicente con solo 30 soldados que llevó en una barca, de allí se hacia grande daño en el castillo nuevo y del Obo, mayor fué el que sintieron con una mina que se hizo debajo de la casa de munición de la Ciudadela, sin que echasen de ver en ella los enemigos. Comenzó el Gran Capitán el combate, entróse por la Ciudadela, defendiéronse los franceses, que les iba honra y vida en ella: cuando los tenia más furiosos en la batalla hizo señal de retirarse y recogiéndose todos con gran concierto pegaron fuego a la mina, reventando voló un lienzo del adarve de la Ciudadela, vinieron abajo con mucha gente hecha pedazos las casas de la munición con gran parte del repaso que los enemigos hicieron: estaba a punto Pedro Navarro, subió por el adarve arriba y a vista de todo el lugar, que estaba en sus ventanas y balcones, esperando el suceso entró por la Ciudadela, subían los españoles con tal esfuerzo y denuedo que no osaba enemigo esperarlos, todos huían a la puente de la Puerta real del Castillo, muchos caballeros y capitanes entraban por ella mezclados con los franceses, con notable valor, en medio de una confusa vocería y grande derramamiento de sangre, y aunque comenzaron a cerrar la puerta, aferraron de ella los nuestros con tal furia, que la detuvieron abierta: ganaron el rebellín, llegaron a una puente de madera que había desde la torre que llaman del Oro a la Ciudadela, quisiéronla recoger los franceses y detener el ímpetu español, estorbole el valor de Juan Peláez de Berrio, gentil hombre del Gran Capitán y otros que se asieron fuertemente de las cuerdas: por esta y otras partes del castillo entraron algunos españoles, mató quince de ellos una pelota, que se disparó dentro, aflojaron los demás, llegó en este punto el Gran Capitán con una coraza, dice la historia, su celada en la cabeza, embrazada una rodela, dando voces animó su gente: con demasiada osadía se puso el primero en el peligro, entró la puente adelante, siguiéronle algunas compañías de infantería española, Pedro Navarro se arrimó a una torre y la entró: otros subieron por las estancias de la escribanía y tesorería, otros por las picas a unas ventanas que se habían batido y estaban muy abiertas, otros batían con picos y hachas los muros casi derribados, animándose con la presencia de su Capitán general: los franceses, aunque se defendían con piedras, pólvora, cal y aceite, viéronse tan apretados, que pidieron partido para rendirse; el Gran Capitán pidió a voces parase el asalto, pues ya se rendían, los enemigos no oían los españoles o no querían trato de paz, hasta que entraron el castillo, dióIo a saco el Gran Capitán de donde muchos salieron bien ricos: a los franceses presos se les hizo buen trato, aunque no lo merecían por el daño que en algunos españoles habían hecho.

Después del Gran Capitán, el primero a quien se debe haberse ganado el castillo con tanto honor de la nación española, fué Juan Peláez de Berrio, de quien se puede honrar la Ciudad de Jaén, pues su madre fué de los caballeros Berrios que en ella hay, pero también puede honrarse Córdoba, habiendo sido su padre de los caballeros Frías que en ella

hubo. Con solo tres soldados que le siguieron peleó con tanto ánimo con los franceses, que aunque recibió 7 heridas y le cortaron un dedo de la mano perseveró en el puesto, haciéndoles rostro, hasta que llegó el golpe de la gente, con cuyas espaldas hizo huir más que de paso a los franceses. Por esta razón, Nápoles a la puerta del Castillo levantó dos estatuas, una del Gran Capitán y otra de Juan Peláez de Berrio: mucho se señaló Pedro Navarro y Nuño de Ocampo a quien dió la tenencia del Castillo, año 1503.

CAPITULO XXXXI

Pasa el Gran Capitán contra el ejército francés, rinde Pedro Navarro, el castillo del Obo, muchos lugares que se rindieron

Estaban los franceses repartidos en los lugares junto a Gaeta, parte en Lefrate, Rocaguillerma, Fundi, Itro y el cuerpo del ejército en Trayerto. con más deseo de recogerse a sus casas que de pelear con gente tan valerosa. El Gran Capitán, cumpliendo su palabra y satisfaciendo al deseo y gusto de los suyos, dejando cercado el castillo del Obo y por su teniente de guerra a Pedro Navarro, partió de Nápoles a 18 de Junio para S. Germán donde estaba Pedro de Médicis que no se osó esperar, 200 soldados que estaban en Montecasino se rindieron, envió delante a Diego García de Paredes y al capitán Zamudio, antes que llegase se rindió S. Guzmán, entrando por Aberza y Capua, lugares aficionados a España, lo salían a recibir como a hombre venido del Cielo: halló su campo arrimado a Montecorbo: otro día, 29 de Junio, pasó a Rocaguillerma, lugar de la devoción de Francia, ordenó sus escuadrones para batirla, no aguardaron los franceses a eso, saliéronse huyendo camino de Gaeta, ofrecieron los vecinos las llaves y cinco mil ducados porque no los saqueasen; dejándoles Gobernador a Tristán de Acuna, pasó adelante, dándosele algunos lugares por fuerza y con miedo de su destrucción: caminaron hasta dos leguas de Gaeta, corrieron algunos jinetes el Burgo, el capitán Porras con sus ballesteros a caballo tomó una torre que estaba antes de Mola, que se le rindió luego con Castillón.

A 1.° de julio llegó todo el campo español al Burgo de Gaeta, hallábanse dentro de ella 4.500 franceses y entre ellos 1.500 de a caballo: el Príncipe de Bisinano, el de Salermo, el Duque Ariano, el Marqués de Eveluto los Condes del Monteleón y Roca, el Marqués de Saluces y el Sr. de Alegre con muy buena artillería y amparados por parte de la mar, puerta abierta para cualquier socorro: púsose a vista el Gran Capitán, considerando le había de costar espacio de tiempo aquella fuerza.

Pedro Navarro y Nuño de Campo, viendo que el castillo del Obo, que tenían cercado, está sobre una peña dentro de la mar, hicieron debajo de ella dos minas con extraña y maravillosa industria: pegáronles fuego, la una hizo poco efecto, la otra derribó gran parte del peñasco y muro y gran número de franceses, que estaban en su defensa, todo cayó en la mar, dieron el asalto los nuestros con grande brio, favorecióles Dios milagrosamente: tenían los enemigos preparada una casa sembrada de pólvora con ánimo de darle fuego cuando los nuestros entuviesen en ella, encendióse antes de tiempo y quemó a todos los franceses, 20 quedaron vivos, éstos se rindieron luego, y el castillo del Obo por España, y la ciudad de Nápoles sin miedo ni recelo de enemigos. Envió el Gran Capitán por la artillería para el cerco de Gaeta, y a su tenencia del castillo a Lópe López de Ariansan, que se señaló mucho en el asalto: a Fabricio de Colona a tierra del Abruzo: el cerco de la ciudad del Aguila fué algo largo, entróla por fuerza con el socorro de 800 infantes, que le envió el embajador Fran.co de Rojas y todo el resto de la provincia se redujo al servicio del Rey católico.

Adonde estaba Luis de Arsi solo dos lugares faltaron por reducir Ortomar y Lancha-

no, y en tierra de labor Gaeta donde estaban los ejércitos alojados unos a vista de otros. Dió orden el Gran Capitán al General Villamarín que con su armada la cercase por la mar, y para que la dicha del Gran Capitán fuese mayor llegó en esta ocasión a Italia Don Ramón de Cardona, quo adelante salió de la disciplina del Gran Capitán el mayor soldado de su tiempo, capitán general en la de Rabena, de quien por varón descienden los Excelentisimos Duques de Sesa y Baena, Condes de Cabra: enviábale el Rey católico con 50 mil ducados para pagar la gente de guerra y las galeras de Cataluña que ayudasen a la conquista de Nápoles. Este socorro le vino al Gran Capitán por la mar, y por la tierra Don Hernando de Andrada, D. Hugo de Cardona y su hermano D. Juan y toda la gente de Calabria. Habiendo tenido cercada a Gaeta 36 días sin poder entrarla, recibiendo algún daño de la artillería del Castillo, mataron a D. Hugo de Cardona, con no pequeño sentimiento de todo el ejército: retiróse con el Castellón, dejando para otra ocasión el cerco. Salieron 2.5 0 franceses, picando en la retaguardia, sacólos a campo raso donde viniendo con ellos a las manos con muerte de 200 y más, los hizo recoger en Gaeta.

Murió en esta ocasión el Papa Alejandro español de la Casa de Borja: juntándose los Cardenales a nueva elección para que los dejasen en su libertad y nadie los molestase ni apremiase, envió el Gran Capitán a D. Diego de Mendoza con 200 hombres de armas y 200 jinetes, y a Próspero Colona con 1.200 infantes: ordenó que las 15 galeras se perdiesen en el puerto de Ostia para asegurar el rio: después envió a Fabricio Colona y Manuel de Benavides con más gente porque la pedía Roma contra el Marqués de Mantua general de los franceses, que con su gente pretendía perturbar la paz de aquella gran Ciudad.

Rebelóse Salerno y poniéndose a vista del lugar el Marqués del Basto echaron los franceses, pidiendo misericordia y dieron buena cantidad de dinero a los soldados por librarse del saco, de éste no se pudo escapar Rocaguillerma, porque habiéndose dado a los franceses y preso a los españoles y su Gobernador Tristán de Acuna, envió contra ellos el Gran Capitán a Pedro Navarro con 2.500 hombres, acometió el lugar con gran valor, apoderóse del en un famoso asalto, dióla a saco y su cólera de los soldados demasiada, quemó gran parte del lugar y mataron casi todos los vecinos y soldados. El Gran Capitán ordenó se derribase toda la muralla, castigo bien merecido por su traición.

Redujo poco después a los vecinos al bando del Rey católico y sus servicios por ser tan grandes caballeros y tan valerosos capitanes por medio del Conde de Pitillano el más principal del linage, aunque con algún sentimiento de los Colonas, bando contrario, a los cuales envió con D. Diego de Mendoza a cerrar el paso a los franceses que quisiesen entrar socorro de gente o vituallas en Gaeta, donde se padecía extrema necesidad por esta causa.

CAPITULO XXXXII

Las dos grandes victorias del Garellano con que acabó de echar del Reino a los franceses.

Caminaban a más andar los dos campos, el francés a su total ruina y el español para una señalada victoria. Dejó el Gran Capitán el Garellano a Pedro de Paz con 1.500 peones y algunos jinetes y en Rocaseca, adonde caminaban los franceses, a los capitanes Pizarro, Zamudio, Mercado, Villalba: en 8 de octubre se hallaba en S. Germán y los franceses en Pontecorbo, en número 9 mil infantes, 2 mil caballos ligeros y mil almetes, su general el Marqués de Mantua, y traían 36 piezas de artillería. Los nuestros no eran tantos, aunque en ánimo y valor muchos más. A vista de los enemigos subió la artillería

Pedro Navarro a Monte Casino, entráronlo por fuerza con muerte y prisión de todos los franceses, con ahumados pidieron favor a los suyos, hiciéronse desentendidos: saquearon los soldados la sacristía del Convento con algún peligro de García de León que lo estorbaba, según el orden del Gran Capitán, mandólo restituir todo a los monjes, que no les faltó cosa: llegaron los dos Generales, una milla de otro, ofreció el Gran Capitán la batalla, no la quiso el francés, diciendo que en el Garellano le esperaba. Cuando llegó a él los 4 capitanes españoles le recibieron tan bien, que le mataron más de 300 franceses: el Gran Capitán caminó por la montaña de S. Germán a Rocaseca donde hicieron pie los enemigos, y aunque le dieron un recio combate se defendieron los nuestros tan valerosamente que saliendo en tropel saetaron más de 200 franceses: otro día se retiró el Marqués de Mantua tres millas más atrás, volvió después a Monte Casino, recogiéndose los nuestros a S. Germán por las muchas aguas: después se vinieron a buscar a vista de Pontecorbo, dos veces le presentó la batalla el Gran Capitán, que ya tenía 1.400 hombres de armas, 1.500 caballos ligeros y 8 mil infantes, para irritarlos más a vista del Campo, Fabricio Colona con 1.500 españoles, rindió el castillo de la Roca de Vandía. Caminaron los franceses a pasar por la puente el río Garellano: despachó con brevedad el Gran Capitán a Pedro de Paz, Alonso de Carvajal y Figueredo con más de 1.400 soldados viejos, tan famosos que de cada uno se pudiera hacer una historia: tres días y tres noches pelearon como Héctores, defendiendo el paso. Cuando llegó el Gran Capitán alabó y estimó era razón tan valerosa hazaña, y en particular a García de Paredes: asentó su campo tres tiros de b llesta de la puente, y tan cerca del enemigo, que se saludaron con la artillería. Cuando comenzaron a poner en orden su gente y animar a sus soldados se amotinaron algunos: sintiólo mucho el Gran Capitán, castigólos rigurosamente, disimuló con los cabezas del motín Próspero y Fabricio Colona, el intento bien conocido es entre gente de guerra, deseo de prolongarla y que no se acaben tan presto sus pagas y el tener de ellos necesidad el Rey, pretendieron no se diese la batalla: inquietaron a D. Diego de Mendoza, D. Hernando de Andrada, el Duque de Termens y otros capitanes hablaron al Gran Capitán, muy de pensado la traía Próspero Colona, apretaban sus razones la retirada, llegó a decir no se podían sufrir sin paga tanta hambre, sed, mal pasar y otras mil necesidades. Reportóse el Gran Capitán y respondió que habiendo visto y considerado cuanto importaba al Rey, su señor, aquella jornada, se determinaba antes ganar un paso adelante, aunque fuese para su sepultura, que retirarse atrás, volviendo a las fatigas y trabajos pasados y a sus enemigos las espaldas. Hubo sobre este punto grandes porfías y debates: Iñigo López de Ayala habló con demasiada libertad, y un soldado atrevidamente le puso la pica a los pechos al Gran Capitán, desvergüenza notable, disimuló con prudencia, buscó buena cantidad de dineros, con ellos recogió más de 300 hombres de armas amotinados y sin esperar, con sentimiento de aquellos capitanes, viendo que los franceses habían pasado el río por una puente de madera que hicieron, tocó el arma el Gran Capitán, puso su infantería en orden, corriendo a caballo de una parte a otra: con 5 mil soldados contra otros cinco mil que habían pasado de los enemigos: el encuentro fué terrible con grande vocería y ruido de las armas: estaba en peligroso estado su victoria, saltó del caballo, tomó una alabarda a un soldado y poniéndose entre los primeros comenzó a pelear con los enemigos, animando y esforzando a voces a los suyos, siguiéronle algunos caballeros del contrario parecer, herían, mataban, destrozaban a ejemplo de su general, apretaron tanto a los franceses que los hicieron correr, huyendo a la puente, como era tan angosta, y la priesa y desorden en el retirarse grande, se ahogaron más de 1.400 hombres: llegó peleando el Gran Capitán bien cerca de los enemigos sin temor alguno de ella: siguiéronle tan honradamente los alemanes que algunas banderas pasaron de la otra parte de la puente: tocó a recoger porque la artillería enemiga mató 30 soldados e hirió al capitán Zamudio, Diego de Nuncibay, Alegría y D. Francés Maza, dice

Zurita, lib. 5, cap. 60, que en esta batalla encarece el Dr. Ginés de Sepulveda nuestro cordobés, con la elocuencia en que es tan señalado, el valor del alférez D. Hernando Illescas, que habiéndole llevado las manos la artillería, sustentó con los brazos cortados su bandera, desangrándose sin dejar el puesto hasta que vió con sus ojos el fin de la victoria, aunque Pedro Martín atribuye este hecho tan valeroso al alférez Alonso de Parra, yo creo de ambos se dice con verdad, y añade Zurita solía repetir el Gran Capitán, que de los capitanes italianos le ayudaron en este aprieto Próspero Colona y el Duque de Termens, y de los españoles sólo se hallaron con él Pedro de Paz, Alonso de Carvajal, Gonzalo Dávalos, de donde se colige bien que después de Dios se debe esta gran victoria al brazo valeroso de este Príncipe y a su ánimo nunca vencido.

Antes de la batalla, que sucedió a 6 de noviembre de 1503, había dicho el Oral. de los franceses, marqués de Mantua, al Sr. de Alegre, que eran los españoles vil canalla: cuando iban huyendo los franceses rotos y desbaratados, dijo el de Alegre al de Mantua, esta es la vil canalla: mire V. Señoría si metiéndose por picas, espadas y artillería le hacen huir infamemente: corriose el General, entremetieron palabras algo descorteses, los capitanes le perdieron el respeto al de Mantua, y el corrido de lo uno y de lo otro dejó el ejército al Marqués de Saluces : bien afrentado se partió a Roma.

Viendo el Gran Capitán su gente tan alentada con la victoria, pregonó para el día siguiente la batalla, puso en orden madera para hacer un puente por donde pasar el río Garellano; pensando los franceses que por allí habían de pasar, hicieron su fuerte de la otra parte y trazaron su defensa, dejolos burlados: pasada la media noche caminaron 7 millas más arriba de donde tenían su puente los franceses: mandó echar la suya en el río: junto a los casares de Sesa pasó aquel día con 2.000 infantes españoles y 1.500 alemanes y cien caballos ligeros: allí tuvo un encuentro del que salió victorioso, prendió y mató 140 hombres de armas y otros tantos arqueros y 300 peones de Castelforte y otro lugar que ocupó de la otra parte del río, y en otra celada en que puso al capitán Coello a 100 hombres de armas y cien arqueros franceses, viernes siguiente, caminó a grande prisa en busca del campo francés; no le osaron esperar, sabiendo su venida, dejando la artillería mayor, caminaron a grande priesa a Molas, siguiólos el Gran Capitán, echó delante los caballos ligeros para que los embarazasen y detuviesen hasta que él llegase con la infantería y gente de armas que venía en orden de batalla; alcanzolos, dió en su enemigos un furioso y animoso Saatiago, llevando la delantera el Gran Capitán con su espada y rodela, haciendo mil gentilezas, desbarató y rompió el campo francés, huyeron todos a más correr, siguió el alcance, matando e hiriendo millares de ellos: a las puertas de Mola repararon los franceses, comenzaron a pelear por la vida con corage y furor de hombres afrentados: iba la infantería española con Pedro Navarro y otros capitanes por la parte de la montaña, Bartolomé de Albian por otra, el Gran capitán con los alemanes por lo llano, dieron todos juntos en los enemigos; otra vez pelearon los nuestros con tal valor, que antes que llegase la gente de armas con grandes estragos que en los enemigos hicieron, los rompieron y desbarataron, siguieron la victoria hasta el monte de Gaeta, a donde fueron muertos y presos tantos qne muy poquitos quedaron vivos y pudieron escaparse por los pies. Perdieron los franceses 32 piezas de artillería con todo el fardage, 1.500 caballos, murieron más de 600 hombres de armas y de infantería casi todos: los que se escaparon no osaron recogerse en Gaeta, derramáronse por el condado de Fundi, la vía de Roma; ofreció el Gran Capitán perdón a todos los lugares del camino que llevaban, si se prendían o mataban algunos; hiciéronlo tan bién los villanos, que no se les escapó francés.

(CONTINUARÁ) *Miguel Angel Ortí Belmonte.*